

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

OCTUBRE DE 1937

AÑO VII

BUENOS AIRES

23UR

NEW YORK

OFFICE OF THE DISTRICT ATTORNEY

ALBANY

OCTOBER 1890

ALBANY

S U M A R I O

CONDE DE KEYSERLING
UN CAPITULO DE MIS MEMORIAS
RUDOLF KASSNER (II)

ERSKINE CALDWELL
TE ESTAMOS MIRANDO, INÉS

HENRI MICHAUX
AVENTURAS

EDUARDO GONZALEZ LANUZA
ODA A LA ALEGRÍA

N O T A S

E. M.: Maestros extranjeros. — POLEMICA — *Guillermo de Torre*:
Por un arte integral. — PREMIOS LITERARIOS — *Bernardo*
Canal Feijóo: Radiografías fatídicas. — LETRAS FRANCE-
SAS — *Ernesto Palacio*: La experiencia rusa de André
Gide. — LETRAS ARGENTINAS — *Luis de Elizalde*
(hijo): "El escalón". — LETRAS HINDUES — A. M. B.
Un libro del Swami Vivekananda. — IN ME-
MORIAM — *Pedro Henríquez Ureña*: Ge-
naro Estrada. — CINE — *Jorge Luis*
Borges: "Verdes praderas". — CRI-
TICA DE ARTE — *Attilio Rossi*:
XXVII Salón Nacional de
Bellas Artes. — MUSICA
Ivy Herczegh Konjovich:
Estreno después de
158 años. — CALEN-
DARIO — (Re-
vista de temas
del mes)

UN CAPITULO DE MIS MEMORIAS

RUDOLF KASSNER

II. (*)

Partiendo de la alegoría de Kassner me resulta más fácil iluminar adecuadamente mi primer período parisiense, que abarca los años de 1903 a 1905 y que sigue siendo para mí el símbolo que resume todas las etapas y períodos vividos en el extranjero europeo. Posteriormente, me complacía a menudo en llamar a aquella existencia parisiense *ma période d'existence Balzacienne*. En verdad, sin embargo, no vivía como Balzac, sino como Rastignac. Me albergaba en un modestísimo *hotel garni*, el *Hotel du Volga*, 11 *rue de Seine*, que en 1936, al menos, existía todavía inalterado. Apenas llegué a París tomé en él una habitación y quedé apegado a ella — en cuestiones de habitar y mudarme, siempre fuí pasivo y desmedidamente torpe. No se creará tal cosa del llamado “filósofo viajero”: mas en realidad ninguno de cuantos encontré viaja con tanta rémora interior como yo. Dada mi

(*) Véase la primera parte de SUR, 36.

sensibilidad para la atmósfera, cada cambio de lugar significa para mí tanto como para otros una ascensión al Himalaya, y a veces hago mis maletas con una semana de anticipación cuando sólo voy de viaje por un par de días. Puesto que tengo por ideal mío percibir lo menos posible de la baladí vida exterior, prefiero, con respecto a la residencia, todo lo habitual a la innovación intranquilizadora. Vivía yo, pues, en aquella parte más oscura de la calle, detrás del Institut de France, en que revolotean los murciélagos a veces hasta de día. Almorzaba en cualquier fonda económica de estudiantes del *quartier latin*. Después del almuerzo solía hacer el siguiente paseo: iba primero a lo largo de los muelles hasta el *Jardin des Plantes*, donde mi viejo amor por los animales salvajes hallaba nuevo alimento. Luego visitaba la Morgue y miraba los cadáveres recién ingresados. En seguida escuchaba el Angelus en *Nôtre Dame de Paris*. Hacia las cuatro volvía, luego, a casa para leer o para realizar un nuevo ensayo de escribir. Ya entonces salía raras veces, y contra mi gusto, a hacer visitas vespertinas; la hora del té es, probablemente en razón de la mayor temperatura corporal que entonces rige, la más propia para la labor creadora, de manera que no es adecuada para las relaciones triviales. Sólo hacía una excepción en el caso de la protectora de Wagner, la condesa María Wolkenstein, la esposa del entonces embajador de Austria en París, quien derramaba sobre mí todo el sol de su cordialidad y que me infundía constantemente nuevo valor con su entusiasmo por mis primeros y, en verdad, poco promisoros ensayos literarios. De noche, en cambio, comía y

cenaba lo más frecuentemente posible en el gran mundo. Aquí resulta exacta la comparación con Rastignac: nadie sabía cuán humildemente yo vivía, nadie quería saberlo, mas en todas partes se me recibió cortésmente tal como yo mismo me presentaba. De esta suerte me consideraba todo París — pues pronto conocí el llamado *tout Paris* — como esteta de sensibilidad artística, como conversador irónico y joven escritor que promete mucho. Esta primera época parisiense figura en mi recuerdo como la época más feliz de toda mi vida. Nunca podrá determinarse si tal recuerdo contiene una imagen científicamente exacta. Mas los hechos subsiguientes concuerdan y a la vez justifican mi singular imagen de la época dorada de mi vida. Entonces me sentía, como no volví a sentirme nunca más, libre de toda sujeción. Estaba alejado de la tradición familiar; en París nadie tenía conocimiento de los bálticos y menos de los Keyserling; así pude iniciar una vida puramente personal. Por otra parte, dejaba atrás mis años de aprendizaje, y para mi futuro no reconocí más las normas impersonales de una vida entregada a la ciencia. Nacían las primeras fuerzas creadoras — en 1904 escribí en París *Das Gefüge del Welt* (*La estructura del mundo*). Un primer gran amor agitó mi alma. En resumen, tuve allí por primera vez la sensación cabal de vivir, de vivir total y exclusivamente a mi manera. Así se configuró mi existencia parisiense casi desde el primer día de acuerdo con el estilo de aquella soledad particular que desde entonces siempre ha continuado siendo para mí un elemento. En todo tiempo he tenido verdadero trato con muy pocas personas, he man-

tenido con muy pocas relaciones personales. Mientras no llegaba a ver claramente la posibilidad de una vida interior aislada para mí, vivía fuera de mí mismo. Gracias, en parte al distanciamiento que frente a los extraños guarda el francés, quien, aun cuando median encuentros diarios en el mundo y una real amistad, mantiene siempre una gran lejanía, que yo percibía como infinitamente bienhechora, concluí por reconocer, en París, qué era lo que yo necesitaba. Vivía, pues, solo, sin amigos. Nunca en mi vida he padecido soledad, y cuando después de haber vivido en efecto diez años completamente solo, en 1914, al estallar la guerra, vino a vivir conmigo mi hermana Leonie — que más tarde había de ser la conocedora de la China, baronesa Ungar-Stenberg, actualmente residente en Shanghai —, el ser que entre todos más quería, sufrí durante meses porque una segunda persona habitase en el vasto palacio, y más tarde, para soportar esa vida, hube de abandonar la vida para mí, que hasta entonces había constituido mi máxima felicidad. Pues entonces tenía que hablar, y al hablar desvirtuaba mis visiones interiores, que, mientras estaba completamente solo, me brindaban día a día la más bella ocupación y distracción. Al cobrar conciencia, en París, de mi necesidad de soledad y al disponer, simultáneamente, de la posibilidad de satisfacerla totalmente, esto sólo me bastaba para experimentar una dicha completa como más tarde nunca ya conocí. Aun ahora prefiero contemplar a los hombres desde una distancia interior a hablar con ellos — a menos que quiera producir en el sentido creador o que pueda comunicar algo esencial a otros que desean algo

de mí. La particular especie de intuición que representa acaso la menos intermitente de mis condiciones, nunca se equivoca menos que cuando puede obrar netamente por sí misma; cada palabra que pronuncia una persona por la que me intereso, me vela una parte de su alma que de otra manera, en el mejor de los casos, veo en su desnudez. Por eso no necesitaba sino conocer de cerca a muy pocas personas, leer apenas y no preguntar absolutamente nada, para determinar lo que *América, Espectro y Meditaciones Sudamericanas* contienen de acertado respecto a la psicología de los pueblos. En aquella época temprana, esa especie de intuición sólo existía en mí como brote tierno; aun no se me había presentado el problema de la comprensión del sentido, no era yo todavía, en ningún sentido, filósofo. Pero hasta qué punto, sin saberlo yo, lo que más tarde había de ser lo más auténticamente mío determinaba desde dentro mi vida, eso lo probaba la dicha que yo sentía cuando, interiormente abierto, mas sin observar nada en particular, me sentaba en un café de los bulevares y dejaba pasar a la gente, o cuando me paseaba en medio de grandes multitudes sin conocer a nadie, o cuando asistía a reuniones del gran mundo en que hablando desempeñaba cierto papel, pero, para mí, miraba y escuchaba, sobre todo, y tomaba contacto interior con el alma de otros. Hoy veo que, a partir del estado indiferenciado que entonces me caracterizaba, hubiera podido desarrollarse, si hubiese tenido yo mayor interés por el ser aislado y mayor fuerza de representación, un “especialista” en el sentido de Balzac, y que lo que hoy represento esencialmente también es

un “especialismo”. La extraña sensación de proximidad que experimento con cada lectura de Balzac y que acaso sea una de las principales razones de mi positiva valorización de una existencia semejante a la de Rastignac, deriva, seguramente, de un efectivo parentesco de mi especie de intuición y la suya. Sobre la “spécialité” de Balzac escribe Albert Thibaudet en el primer juicio sensato que en Francia se ha dado hasta ahora sobre Balzac (*Histoire de la Littérature Française de 1789 à nos jours*, pp. 222, 234-35,) lo siguiente:

“Le terme spécialité est employé par Balzac à peu près au rebours de son sens courant, mais en son vrai sens ethymologique et philosophique. Le don de spécialité c’est le don de voir, à travers les choses, les espèces, les Idées, qui sont à leur principe, soit depuis Platon, le don du philosophe. Mais ici le don du romancier... La Comédie Humaine est le témoignage et le musée vivant d’un siècle: elle a ses racines dans la génération de 1789, mais elle préforme la société du Second Empire. Le monde Balzacien est le XIX ème siècle qui avait commencé en 1789 et finissait en 1914... Les personnages saillants de Balzac sont des personnages souterrains, géants, qui sont dans le bon et le mal comme les personnages d’un tableau dans l’ombre et la lumière”.

En todo tiempo mi experiencia primaria de los hombres me los presentaba tal como a Balzac en su creación poética. Toda persona que yo observara me representaba mucho más a mí que a sí mismo. Pero mientras Balzac era capaz de crear mundos partiendo del sentido, yo tengo que conformarme con referir mundos

al sentido y explicarlos a base de él. Los que no me conocen muy bien, apenas creerán lo que aquí refiero respecto a mi ser y vida, ya que la mayoría ve en mí, desde que me presenté al mundo, el ser dinámico, el orador ininterrumpido, el *esprit torrentiel*. Pero sólo soy tal cuando me encuentro en un campo de energías que me mantiene en determinada relación con otras personas. En tal caso no puedo menos que hablar continuamente, porque semejante campo de energías, por una parte, inmediatamente induce a la actividad a mi disposición para improvisar, y por otra parte acosa de tal modo a mi sensibilidad que debo hablar para no sentir demasiado; pues el contacto demasiado estrecho no me hace sufrir cada vez menos sino cada vez más. Desde luego, poca cosa obtengo yo mismo de los momentos en que hablo mucho; en todo caso me halaga la sensación de haber dado algo a los demás o el hecho de que el surtidor sigue siendo alimentado por el manantial viviente. En 1903, debilitado todavía por mi herida, era yo en general un hombre mucho más tranquilo y delicado que hoy; entonces no impresionaba yo a nadie como depositario de energías. Carecía de todo anhelo de gastarme: quería sentir, contemplar, escuchar silenciosamente para mí, y esperar, en resumen, qué se formaría en mí. Lo esencial de aquella época parisiense y su continuación en otras capitales consistía, pues, en que yo hacía poco o nada en el sentido corriente, vivía pasivamente y me encontraba con muy pocas personas y aun de aquellas que me interesaban realmente, sólo veía a unas pocas, y de vez en cuando.

Tanto más fuerte y fértil era, en cambio, la impresión que

frases, con las palabras: “Eso basta; ya sé: Harnack representa lo que yo llamo el neo-protestantismo”.

Allí estaba también Adolphe Appia, el bello ginebrino con sangre italiana a quien los Chamberlain llamaban “Romeo”, uno de sus más viejos amigos, con quien yo había pasado un verano en los Alpes. Un hombre de condiciones artísticas magníficamente profundas, todo oído y todo vista a la vez, pero completamente incapaz de expresarse — su tartamudez era simbólica y sintomática — salvo en la sola situación en que ponía algo en escena haciendo obrar en conjunto vista y oído. Nunca tuvo oportunidad de ejercer una profesión conforme a su vocación; sin embargo, resultó por su libro *La música y la mise-en-scène* y por las ideas que comunicaba en las conversaciones así como por los esbozos que presentaba, si no el reconocido, no por eso el menos auténtico padre espiritual de toda reforma teatral posterior, desde Fortuny hasta Emil Preetorius, y en especial el padre espiritual de toda “mise-en-scène” aceptable de obras de Wagner. En París se encargaba de la “mise-en-scène” de representaciones privadas en casa de la condesa Martine de Bearn; yo ayudaba un poco y para reavivar el recuerdo de un importante hombre olvidado reproduzco aquí un trabajo que en su tiempo escribí sobre esa labor (*). Pero también fracasaba esta tentativa de actividad regular. Appia era demasiado artista en el sentido de la incapacidad de disciplina. Pero para mí significaba mucho. Fué el primero en introducirme en la vida del *quartier latin*; fué él quien me alojó en el Hotel du

(*) Este trabajo no se publica aquí.

Volga y durante mis primeros años de París nos veíamos casi a diario. Aun más tarde no lo perdí nunca de vista hasta que falleció, poco después de terminada la guerra. Hacíase cada vez más extraño, pero poseía la energía de mantener con el mínimo de recursos estrictamente el ambiente que necesitaba para parecer más o menos normal. Fué el hombre más puramente contemplativo que jamás haya conocido. Pasaba el día entero, en lo posible, tirado en medio de la naturaleza, miraba y escuchaba, y todo penetraba en su alma.

Allí estaba Gauthier-Villars, con su esposa, que se hizo famosa con su nombre literario de Colette; gozaba entonces de gran popularidad gracias a sus indiscretas novelas de la serie *Claudine*. Pero Willy — ése era el nombre que usaba como autor — no se hacía ilusiones respecto a su valor. Al enviarme su colección, me escribió: "Vous savez, ce n'est pas de la littérature que je fais là, c'est de l'argent". Hasta afirmaba que hacía escribir gran parte de sus novelas por otros, pero es poco probable que fuera cierto. Era hombre muy sagaz, y en ese tiempo acaso el primer crítico musical de París. En su casa encontraba yo algunas veces a Claude Debussy, tan distinto de lo que se pretendería deducir de su música: un hombre fuerte, sanguíneo, jovial, lleno de espíritu y no sin brutalidad. Una vez encontré también al anciano Massenet. Henri de Regnier y Gérard d'Houville, la hija de Heredia, eran huéspedes habituales en la casa de Gauthier-Villar. Pero las conversaciones que entre sí sostenían esas celebridades, eran todo menos edificantes.

Ahí estaba sobre todo André Gide, a quien en esos días veía, relativamente, con la mayor frecuencia. Tenía entonces un aspecto mucho más impresionante que ahora, ya que la falta de cabello y barba han quitado profundidad a su rostro (al afeitarse probó la misma falta de estilo que Eugène d'Albert, quien al quitarse el bigote cometió un error apenas menor que, en su tiempo, el de Absalón). En aquel tiempo, cuando el oscuro cabello le caía a Gide sobre la nuca, su cráneo pelado impresionaba poderosamente, y el negro bigote, también caído, completaba su rostro dándole un bello parecido con un manchú. Hoy se sobreestima a André Gide de extraño modo; aun no he comprendido del todo la razón de ello; quizás se relacione su popularidad con su constante cambio de frente y simultánea invariabilidad de carácter — la gran mayoría de los hombres participa de todo sin agrandarse o modificarse por la experiencia, y cuando alguien los pone frente a frente de una imagen que refleja, aumentándolo, su carácter se sienten por ello consagrados. No he dado con ningún hombre de talento dotado, ni siquiera aproximativamente, de tan escasa capacidad de transformación. Cuando en 1923 volví a ver a Gide, después de mucho tiempo, en Darmstadt, me dije espantado: Tal como ahora ya fué, desde todo punto de vista, en 1903. Su profesión de fe o su conversión a tal o cual opinión nunca había tenido razones profundas. En la época en que le conocí — que para él fué el período del *Inmoraliste* — constituía la homosexualidad su principal esfera de interés. Hacía todo, *il se battait les flancs*, para resultar capaz de sentimientos amorosos de varón a varón,

haya podido hacer tanto el ridículo con su *Retour de l'URSS*, sin notarlo (muchos otros, en verdad, tampoco lo han notado). Ninguna campesina ingenua ha parecido nunca tan caída de las nubes como parece Gide cuando se espanta de que allá en Rusia las cosas no son tan de color de rosa como él se las había imaginado. Y ninguna confesión de pecados a lo Buchmann fué jamás tan ingenua como la revocación de las ilusiones de Gide en el citado libro. Es que, si bien era un brillante autor, en el fondo era un puritano inflexible y superficial e incapaz de afrentar abiertamente el mundo debido a su atadura a prejuicios — aunque, en verdad, prejuicios cambiantes — y cuyo puritanismo penetraban tan pocos porque carecía de fuerza, de grandeza y sobre todo de profundidad. No, ya en aquellos tempranos años juveniles no me impresionaba Gide, a pesar de lo mucho que le quería; era un espíritu demasiado evidentemente mediocre y al mismo tiempo un hombre pequeño. Mis relaciones con él, a pesar de todo eso — que, por otra parte, no me importaba en absoluto —, me resultaron muy provechosas porque era totalmente, y con rara exclusividad, escritor y juzgaba todo de acuerdo con categorías literarias, como que la posición absurdamente elevada que alcanzó en el mundo espiritual, no deja de tener su justificación en el hecho de que su condición de literato como tal es pura como pocas.

Allí estaba el pintor belga Henry de Groux, exteriormente una figura del infierno a lo Breughel, de dotes fantásticamente múltiples, fantásticamente amoral, fantásticamente indisciplinado, un bohemio de quien, en cierta oportunidad, decía un mecenas: “*tout*

nifica en Rodin, efectivamente, siempre un *piano* y no una insinuación tal como lo practican los artistas chinos.

Allí estaban, finalmente, los muchos miembros de la Academia Francesa que encontraba a menudo en el gran mundo; a quien más frecuentemente veía, era a Paul Bourget. Esta compañía era para mí, que me esforzaba en alcanzar una cultura de escritor, en verdad la más instructiva. Pues representaba el plano literario como tal: el significado personal no determinaba la elección y la importancia del académico. De estos señores aprendí a reconocer la realidad y el significado de determinadas formas de estilo y reglas de juego como tales. La tradición sólo puede fundarse al nivel de lo que con seguridad puede heredarse, ya que sólo así se puede transmitir; esta reflexión explica la ocupación de los puestos de inmortales. Desde luego, no pocas veces han sido llamados grandes espíritus a la inmortalidad oficial; pero en esos casos el *tipo* había alcanzado en ellos gran perfección; jamás se ha dado acceso a un excéntrico a esta honorable comunidad. ¿Y no ha sido una idea encantadoramente ingeniosa — estaría por suponer que la tuvo el propio Richelieu — que el verdadero trabajo profesional del académico consiste en la elaboración de un léxico concebido como siempre inconcluso, en el que se incluyen o no nuevas palabras y giros, que en el caso de ser admitidos son legitimados por el espíritu eterno de Francia?

Pero en conjunto ví rara vez a esos hombres interesantes y con ninguno de ellos mantuve jamás relaciones. Y cuando había llegado a conocerlos, generalmente renunciaba, por lo mismo, a

leerlos o escucharlos. Consideraba entonces como máxima dicha el que nadie supiese a qué cosa yo me dedicaba en realidad y el que, por consiguiente, nadie me trataba dentro del marco de un molde o de un prejuicio. Aún hoy tengo por norma colocarme de este modo frente a otros espíritus: finjo desconocimiento de su obra, si tal no es la realidad, para evitar tener que hablar con ellos de sus obras, y trato de inducir a los demás a que adopten frente a mí la misma posición. Por otra parte, no es posible, desgraciadamente, mantener en la vejez las posiciones adoptadas en la juventud. No es posible porque el hombre se convierte con los años, realmente, en otro; cada experiencia colabora en la formación de la personalidad. Así soy hoy todavía exactamente el mismo solitario esencial que a los veinte años: mas ya no me agrada ser desconocido e incomprendido. En primer lugar estoy acostumbrado desde hace años a ser famoso; la conciencia de que lo soy se ha convertido para mí en presunción íntima; por eso no estoy exento de prevención donde se me ignora o desconoce. Pero experimento hoy sobre todo la necesidad de obrar personalmente, y esto sólo me es posible, según yo quisiera, sobre la base de mi producción total. Esa coexistencia del anhelo de soledad y del anhelo de influir, produce en mi vida posterior conflictos que no conocí en mi juventud. Para el intelectual de edad, la vida no es más fácil, en conjunto, sino más difícil que para el joven no curtido. En la juventud no contraría gravemente el fracaso de lo que se esperaba o anhelaba, ya que entonces se es conscientemente una "promesa" y la no-realización de exigencias no hiere nunca profundamente el

amor propio. Otra es la situación del que ya ha cumplido... El orden tradicional de acuerdo con el cual corresponden a la vejez naturalmente la posición y el poder, es, aunque no siempre más lógico, en todo caso siempre más humano que el orden más reciente que concede todas las ventajas a la juventud...

Pero volvamos a mis días parisienses. Por entonces, repito, sólo veía a muy pocas personas, y rara vez, y en ello hallaba mi dicha. No asistía en aquel tiempo a ninguna clase, y sólo iba de cuando en cuando a teatros y conciertos. Y si alguna vez vivía algo muy hermoso y conmovedor, sacaba de ello la consecuencia de que nunca más debía volver a experimentarlo: si a los sucesos que se experimentan una sola vez se les quita su condición de únicos, se les despoja de su sentido más profundo. Pero siempre el estar en compañía personal con un hombre importante me significaba más que el conocimiento de obras. Es que las personalidades comunican la grandeza que ellos *son*; su sustancia creadora se apodera inmediatamente de quien se entrega a ellas, le eleva y enriquece en la medida en que sea capaz de elevarse y transformarse. Y esto reza exclusivamente para el hombre viviente; sólo el viviente encarna una fuerza de irradiación. Y nadie podrá jamás imaginarse y menos reconstruir acertadamente en la fantasía cosa tan extraordinaria, a menos que lo haya visto personalmente — dejando de lado el hecho de que las creaciones de la fantasía no transforman. No hay nada más desatinado que estimar en más una obra que su autor, aun y precisamente en el caso en que sea más perfecta que éste; digo — “precisamente” porque su perfección compensa

distinguen meticulosamente entre hombre y obra y prefieren ésta, en mi presencia, a aquél. Mientras trabajaba en St. Moritz en las *Meditaciones* me propuse cierta vez divertirme una noche e invité a una dama sudamericana muy espiritual a nuestra mesa. Se acercó entonces con el rostro sumamente serio y dijo: "Siento no poder acompañarles esta noche: tengo que seguir leyendo su último libro". Por poco me desplomo... ¡Cuántas cosas se exige que nos traguemos los pobres autores! No sólo se prefieren las obras al hombre viviente, sino que cuando éste sufre penurias, se le hace presente que eso favorece a su labor o forma parte de la idea que el mundo se ha formado a su respecto. Cuando en 1906 se volvió, una vez más, a darme por muerto, me dijo el entonces famosísimo filósofo Georg Simmel, al reaparecer yo: "¡Qué lástima, había terminado una necrólogía tan bonita!" Otros le tratan a uno de tal manera que se nota claramente que consideran una falta de tacto el que uno no haya muerto todavía. Una de las situaciones más difíciles se origina cuando a raíz de revoluciones se agranda la distancia entre dos generaciones y una nueva relación con los viejos sólo les resulta posible a los jóvenes cuando, en el caso de aceptarlos, los tratan como si ya hubieran pasado del tiempo a la eternidad. Pero esta posición dificulta justamente la relación productiva de hombre a hombre, si no la impide del todo. Si hoy rememoro el pasado, siento que el mayor obstáculo en las relaciones humanas lo ha constituido en mi caso, durante toda la vida, mi naturalidad. No quiero desempeñar a través de mi obra un papel artificial que no concuerde con el hombre que soy — pero

tenido trato con pocos y precisamente con personas esenciales en raras horas, y en una forma a la que creaba la relación más humana entre todos los particulares. Pero volvamos a los años de mi tercer decenio de vida. Indudablemente obtuve mucho, muchísimo más provecho de mi vida exteriormente pobre en contenido en las grandes capitales de este planeta y de mi círculo relativamente pequeño de buenos conocidos que todos aquellos que continuamente se hallan en compañía de hombres extraordinarios. Y durante mi período parisiense, especialmente, a la polarización con poquísimas personas en raras horas, debo el haber obtenido tanto de cada una de ellas. Cuanto más joven es un hombre, tanto mayor significación puede tener para él una experiencia escasa y tanto más fácilmente, a la inversa, puede escurrírsele el exceso de experiencia. Lo que reza para los niños que se desarrollan tanto mejor y llegan luego tanto más lejos cuanto más tranquilos se les mantiene, reza para todos los hombres en proporción a su juventud. Pero yo ya aprendí en París a emplear artísticamente los conocimientos que apunto en estas páginas. Ya entonces perfeccioné definitivamente mi estilo de la "relación ajustada" con los hombres. Mas el haberlo logrado ya tan temprano, lo debo en primer lugar al hecho de haberme abierto durante años a un ser que comprendí de un modo particularmente malo en todo sentido, menos en el de percibir su profundidad humana y su posible grandeza.

vamente el círculo de influencia de todo lo profundo, se va formando una nueva comunidad invisible y tácita de seres que se han vuelto solitarios por fuerza del destino. Los distintos espíritus no por eso se comprenden mejor, ni se ven más frecuentemente, ni quieren tener uno del otro más que antaño. Pero se contemplan mutuamente desde lejos, como la estrella mira a la estrella. Cada cual prosigue su propia ruta solitaria; no les une ningún campo de fuerzas, no gravitan los unos hacia los otros. Pero al atravesar el oscuro y frío espacio universal, les llena de alegría el ver brillar a la distancia, por lejana que sea, la luz de cuerpos celestes de irradiación propia, por pocos que sean.

Darmstadt, 1937

CONDE DE KEYSERLING

miran así, pero nadie dice nada jamás. Mamá hace que Elsa se vaya de mi cuarto mientras me visto, y Papá envía a Luis al arrabal a cada hora. Si dijeran algo, todo habría acabado. Pero se quedan sentados el día entero en la sala y me miran sin decirlo.

Después de cada comida Mamá toma los platos que yo he usado y los lava con agua hirviendo en la pileta. Por qué no lo dicen, de modo que nunca tenga que volver...

Papá toma un trapo empapado en alcohol y limpia la silla en que me he sentado cada vez que me levanto y salgo del cuarto. Por qué no van y lo dicen...

Todos se sientan en la sala y me miran el día entero. Elsa y Luis, Mamá y Papá, se sientan del otro lado del cuarto y me miran el día entero. No saben que les diré la verdad si tan sólo me preguntan... Pregúntame, Papá; te diré la verdad y nunca volveré otra vez. Podrás tirar tu trapo empapado en alcohol después de que me haya ido. Pregúntame, pues. Por amor de Dios, díme algo de esto.

Una vez por año en Navidad se sientan y me miran, pero ninguno de ellos dice nunca nada de esto. Todos se sientan en la sala, diciendo para sí: Te estamos mirando, Inés.

ERSKINE CALDWELL

busqué por todas partes, pero no pude llegar a verlo de perfil. No sé qué salida en falso hice: ni siquiera llegué a darle la vuelta. Sólo pude verlo de frente, siempre igual, sin pestañear. Era exasperante. Mucha gente circulaba en sus iris, donde sí era accesible, a pesar de cierto aire, por lo demás, que se parecía — hasta el punto de confundirse — al del orgullo cebado y el orgullo helado.

Paris, 1937

HENRI MICHAUX

Y allí están nuestras albas y nuestros mediodías y nuestros atarde-
(ceres

estrujados por millones de atmósferas de tinieblas y olvido.

(Pálida realidad la de los otros. Eres
como sus mismos sueños. Eco de un eco ya desvanecido).

Porque la soledad en el mármol cristaliza
y se torna en la estatua definitiva y cierta:
millares de cegueras se suman en su mirada muerta
y se pudren los cantos y los himnos en su voz de ceniza;
su piel de duro frío no entibiece la vida,
por su inmovilidad el tiempo — culebra — se desliza,
y en su sonrisa enmohecida
el alma ausente a su no ser convida.

Pero hay que apretar los puños y gritar: ¡alegría!
por la desolación áspera y fuerte:
¡Alegría!
por el pasmo de ser la excepción de la muerte,
la temblorosa margen del olvido,
paréntesis de ser entre la nada,
por sentirnos su pulso y su latido
y ser los únicos testigos y los únicos cómplices de su infamia callada.
(La nada que se quiebra por un instante en este verso mío,
antes de disolverlo en sus entrañas
junto con los calendarios deshojados, los juguetes, las montañas,
las lágrimas, las nebulosas, las máquinas y el rocío).

al iniciar su vivir, llevan adherida al cuerpo una bolsa nutritiva. Como la bolsa es biológicamente apta, los peces viven. Aquí pretendemos vivir a costa de nuestra bolsa cultural, de nuestra cultura *propia*. Pero como la bolsa está vacía, lo que biológicamente sobreviene es una muerte.

Cuando todo el mundo civilizado — incluso la Universidad de Estudios Mediterráneos que bajo la presidencia de Paul Valéry se destina a preservar los frutos de la cultura de la cuenca de aquel mar — abre sus puertas a los catedráticos más eminentes de otras tierras a fin de aprehender los necesarios alimentos vitales, aquí ¿qué sucede? Sucede que aparecen quienes osan echar adelante los argumentos de la inepticia más increíble pretendiendo confinar la enseñanza a la de sus profesores nativos y evitar la venida de otros que no lo son. So pretexto de nacionalismo, la protección aduanera menos inteligente, más burda, más egoísta, menos patriótica en el único sentido válido del término.

Los que tenemos aquí hambre y sed de cultura, los que padecemos y padecemos la mediocridad de nuestro academicismo profesoral en el orden de la ciencia del espíritu, los que queremos el diálogo de los *maestros* y no la peroración del catedrático, los que no nos resignamos a nuestra insignificancia por ser ella una insignificancia “nacional”, esperamos que tales argumentos de última hora dolosamente esgrimidos queden reducidos a lo que son, esto es a la condición de su propia ineptitud: inoperantes palabras en inoperantes bocas.

E. M.

